

PETALURGA 

Salmorejo de tomates asados
con carabineros

Rejes
&
Cárdenas

Menú

Potage à la Julienne

Amulette au jambon

Canard aux sautes

Macaronia à l'italienne

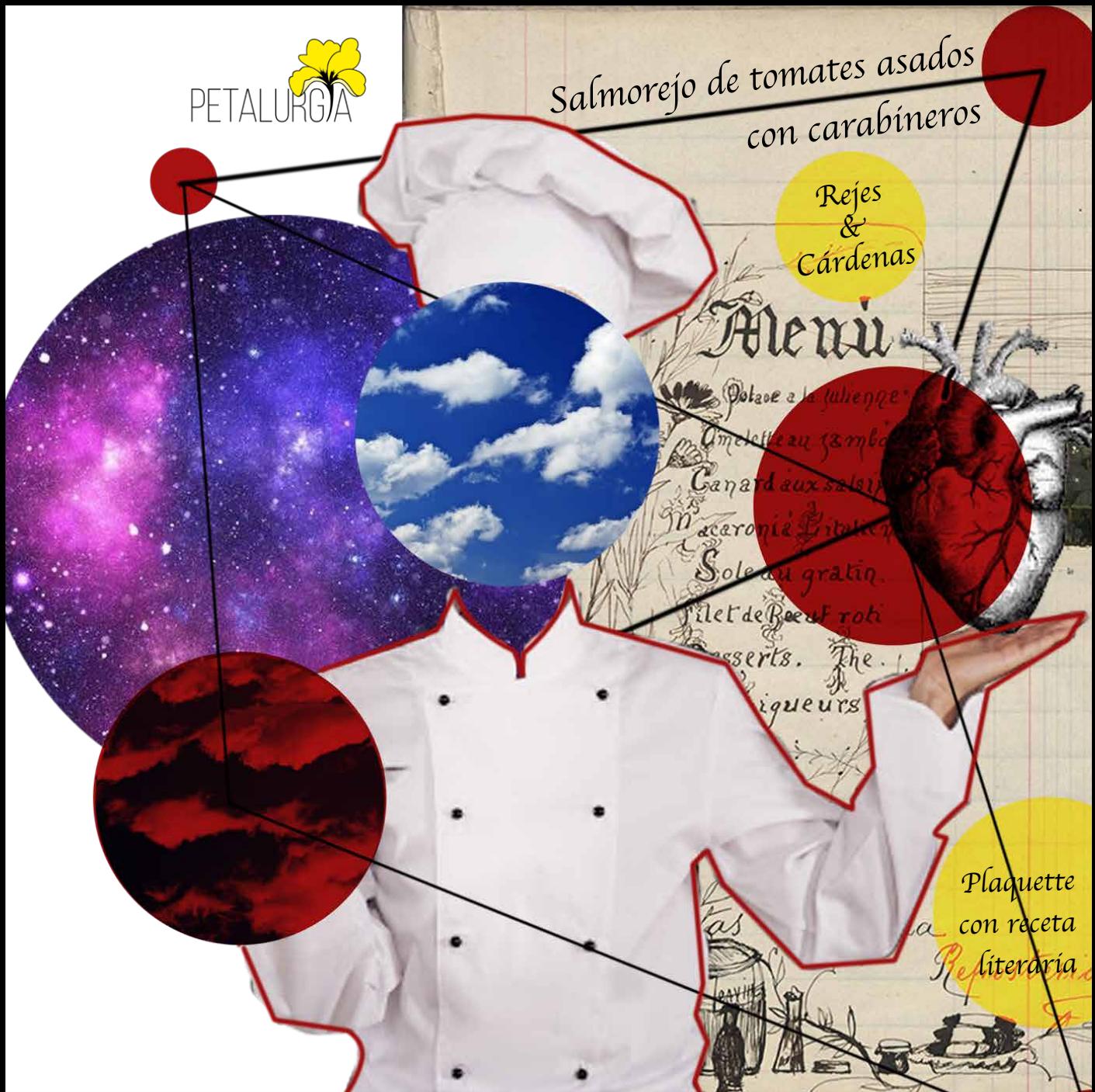
Sole au gratin

Filet de Bœuf roti

Desserts. The

Liqueurs

Plaquette
con receta
Literaria



Salmorejo de tomates asados con carabineros, 2021

© Texto de Carlos Rejes Ramos, 2021

© Ilustraciones de Luis Ignacio Cárdenas, 2021

Petalurgia, 2021

Colección Aludel

petalurgia@gmail.com

www.petalurgia.com

@petalurgia

Edición, diseño y maquetación:

María Gabriela Lovera Montero

Licencia Creative Commons:



Reconocimiento / No comercial

Sin obra derivada / 4.0 Internacional

Madrid, 2021

*Salmorejo de tomates asados
con carabineros*

*Salmorejo de tomates asados
con carabineros*

TEXTO

Carlos Rejes Ramos

ILUSTRACIONES

Luis Ignacio Cárdenas





Estaba nerviosa, unos nervios que no recordaba haber experimentado antes. Tenía el estómago encogido y sentía una presión en el pecho que, por momentos, le impedía respirar, pero también una cierta euforia, la sensación de que era capaz de todo.

Buscaba en Internet una receta acorde con el momento que iba a vivir, algo distinto, que sorprendiera, pero a la vez clásico, una receta con la cual se sintiera cómoda.

—¡¡La encontré!! —exclamó— «Salmorejo de tomates asados con carabineros»... ¡El plato perfecto!

Empezó por hacer la lista de ingredientes para ir a comprarlos.

INGREDIENTES

- 1 kilo de tomates pera maduros
- 3 dientes de ajo
- 2 piezas de pimiento rojo
- 6 carabineros
- Un poco de pan
- 2 cucharadas soperas de vinagre de Jerez
- Sal
- Aceite de oliva virgen

Cuando terminó de hacer la lista se quedó pensativa, recordando el día en que lo conoció.

Ella es dueña de una papelería. Hace tiempo que podría haberse jubilado, pero no quiso. No sabía hacer otra cosa y le aterrorizaba no sentirse útil. Llevaba trabajando desde que tenía uso de razón.

Ese jueves entró en la tienda un joven al que ya conocía. Era un cliente asiduo que siempre compraba algo: hoy una goma de borrar, mañana un bolígrafo, pasado mañana un lápiz... A ella le hacía gracia y no entendía porqué no compraba todo de una sola vez.

—1.50— le dijo ella, acercándole el sacapuntas.

Él sacó un billete de 50 euros. Entonces ella se le quedó mirando sin dar crédito. No pensaría que le iba a cambiar ese billete por algo que costaba tan poco.

—Déjalo, te lo regalo, eres un buen cliente y no tengo cambio—dijo ella.

Él se ruborizó y bajó la mirada, balbuceó algo apenas audible.

—¿Perdona?—le preguntó ella

—Que... ¿Cómo te llamas?

—Feli.

—¿De Felisa?

Ella sonrió sin confirmar, ni desmentir. Su nombre era un gran enigma para la mayoría de la gente. En realidad, se llamaba Godofreda. ¡Sí, señores y señoras!, ¡¡¡GODOFREDA!!!. Cortesía de su bisabuela. Os lo cuento:

Nació en un caserón de piedra en la costa gallega, donde el matriarcado estaba muy arraigado. Que, en el caso de la bisabuela Godofreda, se trataba más bien de dictadura. En toda la comarca se la conocía por su mal genio y por su nula disposición a negociar.

—Es la última criatura que voy a conocer de mi sangre. Así que se llamará como yo. Quiero dejar mi huella en este mundo —sentenció la bisabuela, sosteniendo con orgullo a la recién nacida.

Su madre y su abuela se miraron, una esperando que la otra contradijese a la bisabuela, pero ninguna abrió la boca. Fue así como la pobre niña tuvo que cargar con tan desafortunado nombre el resto de su vida.

Bueno, que a lo largo del camino, Godofreda derivó inexplicablemente en Feli, nombre mucho más corto y llevadero.

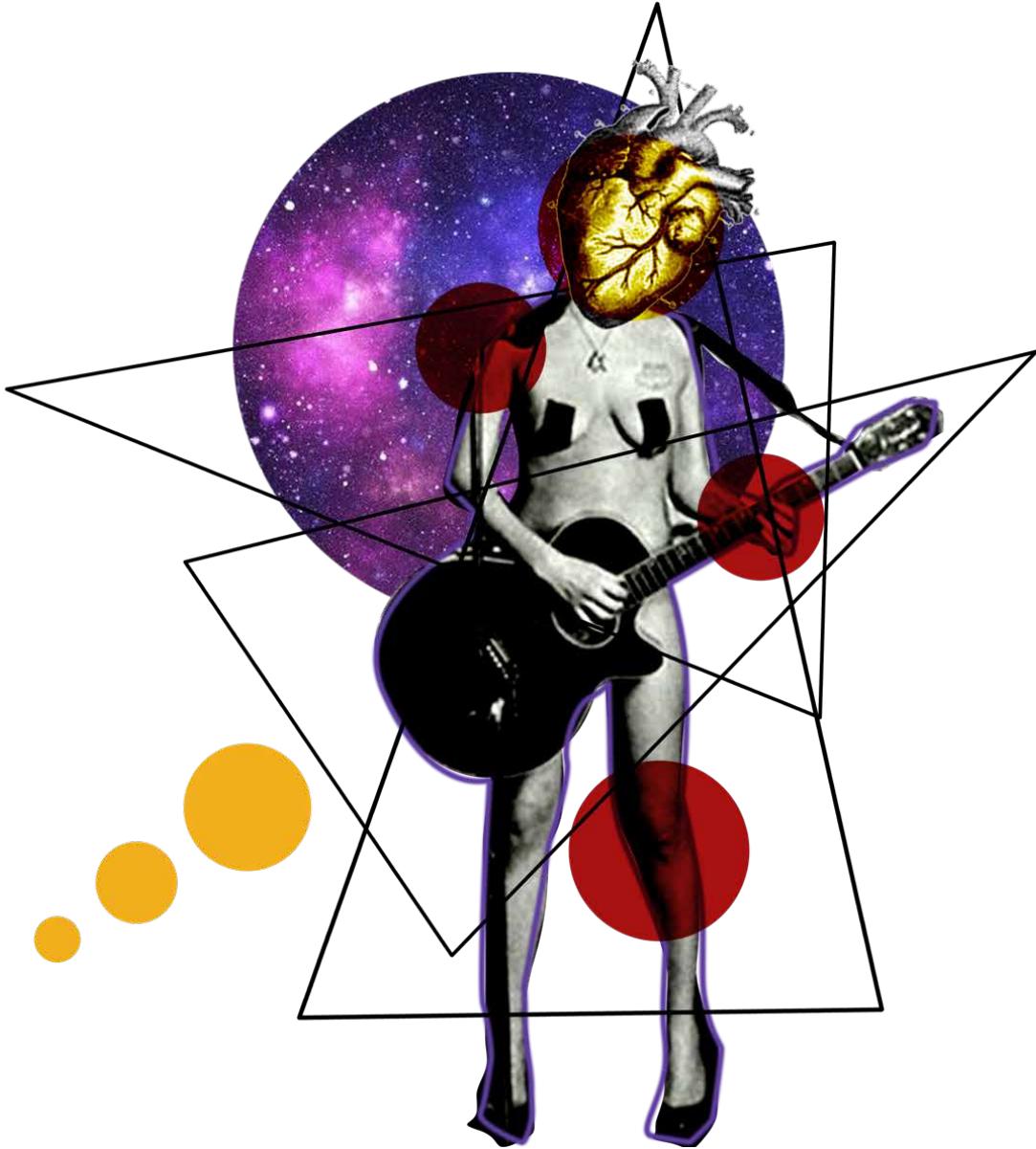
Bien, pero volvamos a lo que nos concierne...

Al cerrar la tienda, él la estaba esperando afuera, fumando un cigarrillo. Feli no podía creer lo que estaba ocurriendo, incluso le daba vergüenza ir a tomar algo con él. Al principio el ambiente era tenso, él estaba muy nervioso y ella muy poco receptiva. Tras tomarse las primeras cervezas, poco a poco se fueron relajando. Él comenzó a contarle sus proyectos, sus ilusiones y alguna que otra anécdota divertida que la hizo reír y olvidar sus temores. Hasta que...

—Bien, cuéntame, ¿qué le pides tú a la vida? —preguntó él, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Conservar la dentadura! —espetó ella, sin pensarlo, así de golpe, soltando luego una aguda carcajada.

Se hizo un silencio incómodo, que él rompió con un nuevo repertorio de anécdotas. El humor le pudo al miedo y, al final, la cita se hizo amena. Él la acompañó hasta la puerta de su casa y ambos dudaron en cómo despedirse: él acercó sus labios a la mejilla de ella, lo más cerca de la boca. Ella se dejó hacer sin terminar de salir de su asombro. No estaba preparada para esto, no estaba preparada para gustar, al menos no de esa forma por alguien mucho más joven que ella.



PREPARACIÓN

Colocó todos los ingredientes sobre la encimera. Lavó los tomates y los pimientos, peló los dientes de ajo, colocó los tres ingredientes en la placa de horno, los regó con aceite de oliva, sal y los puso a 200 grados centígrados por 30 minutos.

Aquí vale aclarar lo siguiente:

Godofreda nunca fue una buena co... ¡Uy! Se ha enfadado, veo que frunce el ceño, cogé un cucharón de madera y golpea fuertemente la encimera mientras grita:

—¡¡¡FELIII!!!, ¡Si no te importa! ¡Feli!

—Perdón, perdón... Vuelvo a empezar:

Feli nunca ha sido una buena cocinera, por eso escogió esta receta, que parece de alta cocina, pero es sencilla de preparar.

Esto nos lleva a su segunda cita con el chico...

—No entiendo qué te puede atraer de mí —dijo ella resignada.

—Tu sencillez. Me haces ver la vida de otra forma —contestó él pensativo.

—Sí, supongo que de una forma más madura —rieron los dos.

—Lo digo en serio, para mí la vida es tremendamente complicada. Lo que para otros es una simple rutina, para mí es un trabajo de constancia interminable. Hasta que te conocí, no sé como decirte... no era capaz de apreciar la simpleza con la cual se pueden asumir muchas cosas, la naturalidad de todo. Me das tranquilidad y eso me hace feliz. Ese es el motivo por el cual insisto en nosotros, independientemente de tu edad. ¿Te parezco egoísta?

Feli se quedó embobada escuchándolo. Deseaba que él no terminara nunca de enumerarle esos supuestos efectos que ella tenía sobre su felicidad, efectos que ella ignoraba pudiera poseer. Tras un silencio, se dio cuenta de que no había respondido a su pregunta:

—No, hijo —Y de inmediato se arrepintió de haber pronunciado la bendita palabra «hijo» — Lo que tú buscas es lo que buscamos todos, pero hay tantas generaciones entre tú y yo, que lo lógico es que la felicidad te la de alguien de tu edad. Tienes toda una vida por delante y la mía ya está hecha. Esa felicidad que ahora te doy desaparecerá cuando veas que no puedo seguir tu ritmo, cuando tus amigos murmuren a tus espaldas, cuando tu madre se lleve el mayor disgusto de su vida, cuando descubras que tener hijos no es una opción para mí.

—No podemos vivir la vida centrándonos en lo peor que pueda pasar.

—¿Te he dicho lo que va a pasar! No lo que puede pasar —le corrigió ella.

—Pero tú sigues aquí, no te has ido, así que algo bueno debo aportarte.

Feli sonrió. Por supuesto que le aportaba algo: le aportaba vida, ilusión, pasión y un terrible vértigo cada vez que pensaba en cómo su relación sería juzgada. Pero no se lo dijo. Disfrutaba inmensamente de su compañía, pero temía que entre los aportes también habría quebraderos de cabeza.

—Si sale mal aprenderemos de ello —le dijo él adivinando sus pensamientos.

—¿Uf! Yo no quiero aprender más, con lo que sé me basta —volvieron a reír.

Feli apagó el horno a los 30 minutos y dejó los ingredientes dentro otros 15 minutos más, para aprovechar el calor. Pensó que ya era hora de empezar a arreglarse y se fue al baño. Se encontró frente el espejo y se asustó, desde que estaba con él la imagen de sí misma no se correspondía con la realidad. Y la realidad era que podía ser su abuela. Salió del baño a toda prisa y se fue a la cocina en busca del cucharón.

¡Otra vez no! ¡Se ha enfadado de nuevo! Pienso en qué la he podido molestar y reacciono antes de que vuelva a golpear la encimera con el maldito instrumento.

—¿Su madre!, ¿su madre!, ¿que podría ser su madre, no su abuela! —grito

Hay que hacer algo con ese instrumento del demonio. Continuemos, pues...

Feli se dispone a seguir con la receta, coge una bayeta y la pasa por la encimera

empujando, sin querer, el cucharón que cae al suelo y es proyectado por su pie izquierdo, para terminar bajo uno de los muebles de la cocina. ¡Hecho! ¡Fuera cucharón! ¡Allí se queda!

Entonces, Feli se pone a pelar los tomates y los mete en el vaso de de la batidora, hace lo mismo con los dientes de ajo. Vierte todo el caldo que ha soltado la verdura en el mismo recipiente. Los pimientos que sacó del horno, los coloca en un plato que tapa con papel film para que luego los pueda pelar mejor.

A la mezcla anterior le añade pan y dos cucharadas soperas de vinagre de Jerez. Tritura bien todo, lo pasa por un chino, lo prueba, lo corrige de sal y vinagre y lo deja enfriar a temperatura ambiente.

Pela los carabineros y los deja en la nevera para hacerlos al momento de servir el salmorejo. Aprovecha para pelar también los pimientos que pica en finos dados.

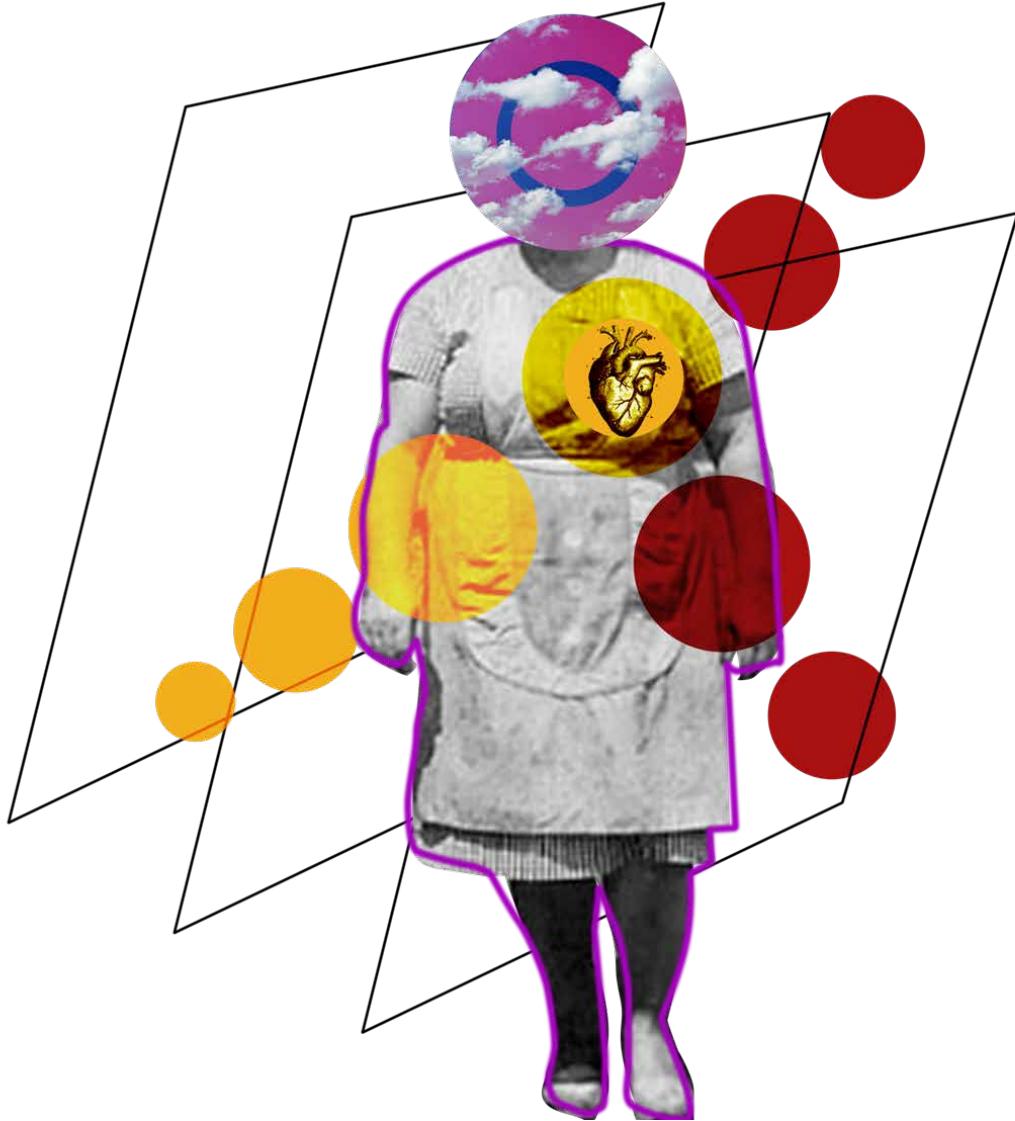
¡Bien!, repasa la receta, lo tiene todo hecho. Mira la hora: son las diez menos cinco, faltan cinco minutos para que llegue. Siente que el estómago se le encoge, se mira al espejo, piensa en cambiarse el peinado, no lo hace. Observa la mesa, está todo en su sitio, enciende las velas. Vuelve a mirarse en el espejo. Coge el teléfono móvil, lo deja de nuevo en la mesa, enciende el televisor, apaga el televisor...

EMPLATADO

Diez y media, sale a asomarse a la ventana, se enciende un cigarrillo mientras observa fijamente la esquina de la calle, esperando que él aparezca en cualquier momento. Piensa en llamarle, no lo hace.

Está enfadada, decepcionada, rabiosa. ¿Por qué no aparece? Ella no buscaba rollos, estaba tan tranquila con su vida y ahora él aparece, o más bien desaparece y se la pone patas arriba.

Once de la noche.



—No va a venir —piensa en voz alta, mientras se resiste a cerrar la ventana y dejar de vigilar la calle.

Ya resignada, se dirige a la cocina. De manera mecánica, coge los carabineros y los hace a la plancha con un poco de aceite y una pizca de sal. Coge un plato sopero y coloca los daditos de pimiento en medio, encima los carabineros y, alrededor de los pimientos, vierte el salmorejo. Se sirve una copa de vino y le da un primer trago. Se queda mirando el plato y piensa en hacerle una foto, pero no esta para fotos.

—¿Cómo puedo reprocharle que no venga? Yo llevo sesenta y seis años intentando vencer mis miedos y todavía no lo he conseguido. Él es un niño.— se dice a sí misma— Es mejor así, esto no tenía sentido. Solo siento no haberle puesto freno yo. Al final él parece más maduro.

Prueba la primera cucharada del salmorejo. Siente el frescor del vinagre, el agradable sabor de los tomates asados, el contraste de la sopa fría con la firme textura del carabinero caliente. Sonríe complacida, ha hecho un plato de diez. Termina de cenar, apura el vino que le quedaba en la copa y se sirve una segunda.

Es hora de desvestirse y ponerse el pijama. Se quita las diminutas braguitas de encaje y las tira al cubo de basura. ¡En qué estaba pensando cuando las compró! ¡Qué estúpida ha sido! Se queda mirando los desperdicios, allí están todas sus ilusiones de los últimos quince días, los restos de su cita frustrada. Mira la hora, ya son las doce, así que da cuenta del vino restante y se va a la cama. Le apetece llorar y llora, tapándose con el edredón, como si tuviera que esconder su dolor de alguien.

¡RRRIING! Suena el portero automático.

Se levanta de un salto y corre al telefonillo. Inspira y, como si nada, contesta:

—¿Sí?, ¿quién es?

—Soy Roberto, abre, ahora te cuento... ¡No te lo vas a creer!

Antes de que venga el ascensor, se quita el pijama a toda prisa, recoge las bragas de la basura, se enfunda en una bata de raso que tenía guardada por si alguna vez le

tocase ir al hospital, vuela al espejo —está hecha unos zorros—. Intenta maquillarse un poco antes de que suene el timbre de casa. Entonces corre hacia la puerta, la abre y adopta su pose más seductora. Allí está él, algo desaliñado y aturdido.

¿Cuál fue el motivo de su retraso?, ¿qué pasa con todo lo que pensó Feli mientras esperaba?, ¿cómo terminó la noche?, ¿apareció en algún momento el cucharón?

Ustedes deciden señores y señoras, pero tengan en cuenta que toda felicidad conlleva desgracia y toda desgracia, felicidad. Decantaos por aquello que más os plazca, siempre teniendo en cuenta que la sensación de controlar nuestra vida es solo una quimera.

¡BUEN PROVECHO!



Carlos Rejes Ramos
(LA CORUÑA, ESPAÑA, 1969)

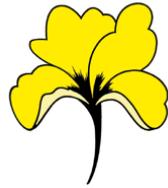
Jefe de Cocina del Hotel Petit Palace Savoy Alfonso XII en Madrid. Gallego de origen, pero madrileño de adopción. Siempre ha trabajado tras fogones, pero nunca ha abandonado su pasión por el arte y la literatura. Obtuvo el III Premio de Novela Corta de Piedrahita, Ávila, por su obra *Agua salada*. El dibujo es su gran afición.



Luis Ignacio Cárdenas

(TÁCHIRA, VENEZUELA, 1984)

Diseñador gráfico y editor. Licenciado en Educación, Mención Lengua y Literatura (UNICA). Perteneció al colectivo cultural y audiovisual «Palabracera». Trabajó como diseñador y diagramador en la Fundación Editorial Escuela El perro y la rana, Capítulo Zulia. Actualmente es editor en Ediciones Azalea y participa en el proyecto de ilustradores digitales AJOPORROSTUDIO. Autor de los poemarios *Varios arrebatos* (2012) y *Un amor de color galaxia debajo de un amanecer agridulce* (2013), editados por el Movimiento Poético de Maracaibo. Algunos de sus poemas han sido incluidos en revistas literarias venezolanas y extranjeras. Incansable promotor de la lectura en escuelas, comunidades, cárceles y otros espacios.



www.petalurgia.com
petalurgia@gmail.com
[@petalurgia](#)